



de la Providencia, el mundo todo, abandonado al casual choque de átomos inteligentes, son, pues, los principales resultados de esta filosofía.

La revolución se cumplió poco á poco; la ortodoxia es rechazada sucesivamente, y ya los brahmanes pronunciaron su sentencia: «en la doctrina de Kanada, la parte contraria á los libros debe ser rechazada por aquellos que se adhieren á la revelación. La doctrina de Djaini y la de Uyasa, no contienen, por el contrario, nada que no esté conforme con la doctrina de Veda.»

Hasta el presente, quédanles aún á los innovadores cierta timidez y respeto; veneran las antiguas escrituras, no se declaran formalmente contra ellas, eluden su yugo antes que romperle.

Vendrá otro hombre, un poderoso sabio, á quien sus enemigos rodean de una grande estimación, y que, como Budha, pasará por una encarnación del Dios conservador; este es Kapila, el de «atezado rostro,» la «virtud del fuego,» que tiene el conocimiento innato y que se dignó, por compasión, revelar la ciencia Assuri.

Su fin religioso y social está profundamente escrito en el corazón del hombre, que se cree desterrado en la tierra; su fin es enseñar los medios de conseguir la suprema bienaventuranza. Pero el conocimiento de la verdad es el único que puede conducirnos hasta ella, y hé aquí á lo que se dirigen los más importantes principios.

El origen primordial, la causa universal es la materia, «prakriti,» enérgica, productiva. De ella ha salido primero la inteligencia, el gran «buddi,» increada, generadora, que ha puesto la materia en movimiento, y ha formado de ella la individualidad, el yo, «akauara;» después las cinco partículas sutiles, origen de los cinco elementos; después los once órganos de los sentidos ó de las funciones, el alma, en fin, «atman,» múltiple, individual, eterna é inalterable. Pero entre esta alma y la naturaleza debe haber unión íntima, de donde resultará la manifestación de la inteligencia, y la gran procreatriz aparecerá en la vida del alma; pero así como una bailarina se retira después de haberse presentado á la apiñada muchedum-

bre, así también se retira Prakriti después de haberse mostrado con todo su esplendor (1).

Y sin embargo, en medio de esta meditación, el alma permanece unida al cuerpo; mas, «así como la rueda del alfarero sigue dando vueltas aun después que el vaso está labrado,» del mismo modo el alma no está sujeta á las mudanzas del cuerpo, y cuando se verifica la separación, esto no es más que el fin de la libertad que comienza.

Ciertamente hay en esta doctrina un atrevimiento singular, y cuando se medita que la razón del hombre es bastante poderosa para dejarse fanatizar de esta manera y para hacer que el cuerpo se inhabilite en orden á las sensaciones externas, todo por la contemplación de una idea, por la abstracción de un sistema quimérico, se deplora amargamente el uso funesto que se hace de un instrumento tan maravilloso, y se experimenta cierta piedad mezclada de admiración y de tristeza.

Kapila lo refería todo á la naturaleza material. Por vigorosa que sea la inteligencia humana, no podía aceptar en todas sus partes una doctrina tan abiertamente atea. Esto no era todavía una concesión bastante clara para explicar la admisión de una inteligencia motriz, segundo principio del universo. La filosofía sankya fué modificada pronto, y el célebre Patandjali rindió culto al Creador supremo, á Dios, *Iswara*, el autor de los primeros seres creados, el espíritu infinito, distinto de las otras almas. Pero era tal, sin embargo, el poder de los obstáculos que le imponía la doctrina de que procuraba sustraerse, que, incapaz de elevar su espíritu á la percepción de los atributos reales de Dios, no supo concederle más que la omnisciencia, quitándole toda acción sobre el mundo y negándole la apreciación de las buenas y malas acciones de los hombres.

Sin embargo, este sistema constituye un verdadero progreso sobre el de su maestro, y entre los dos hay un abismo tan inmenso como el que separa al ateo del deísta.

(1) *Sankhya-Karika*, 35, en Colebrooke, trad. de Peauthier.



Pero luego que este segundo doctor del Sankya reconoce una inteligencia soberana, el dogma de la contemplación y el de la absorción final, en este sér debían más que nunca ser admitidos y mandados. No es posible dar una idea de los excesos á que condujo el misticismo de los discípulos de Patandjali. Tales son los de aquellos cuyas austeridades horrorizan y repugnan, y cuyas locuras y desórdenes causan vergüenza y horror.

Oíd lo que llega á ser este hombre abismado en la contemplación del Sér divino: de su meditación nacerá al principio la *impasibilidad*, calma interior y exterior que produce la aversión del desorden y la convicción de que la naturaleza es una grande y perpétua ilusión; después el poder con las maravillas del *Yoga*, con sus ejercicios de abstracción intelectual y de tormento corporal. A este precio el iniciado conseguirá la ciencia del pasado y del porvenir, «adivinará los pensamientos de los hombres, adquirirá el poder del elefante, el valor del león, la ligereza del aire, y con una sola mirada contemplará toda la faz del mundo.» Algunos suplicios además, como el incesante rumor y la concentración de todo su espíritu sobre el sentido de la palabra sagrada *om*; y el piadoso *yogi* despojará toda su naturaleza exterior, será Dios. La gran obra de su libertad se cumplirá, tendrá el conocimiento definitivo, incontestable, único, y podrá exclamar con la *Karika* (1): «Ni yo existo, ni existe ninguna cosa que sea mía, nada existe.»

Hé aquí el último esfuerzo de la razón del hombre, extraviada en sus propias veredas; hé aquí hasta dónde pueden llegar las locuras de su imaginación cuando ha rechazado el yugo de la verdad santa. Triste y deplorable lección, ante la cual hay que cubrirse el rostro y retirar la vista, porque es una gran vergüenza para nuestra pobre y miserable naturaleza, que estos grandes genios, en lugar de elevar la cabeza hácia la luz de arriba, del cielo, vayan á perderla para siempre en las tinieblas del error.

(1) Narración del sistema sankya, en los *Ensayos* de Colebrooke.

Así, pues, panteísmo, materialismo, ateísmo, son, en último análisis, los resultados de todos estos sistemas de los libre-pensadores. Es siempre el mismo círculo en que gira el espíritu inquieto del hombre. Aquí es donde terminan siempre sus más divergentes observaciones.

En efecto, si dirigimos una mirada al Occidente, hallaremos el pálido reflejo de todos los errores, cuyo espectáculo acaba de ofrecernos el Oriente. Sin embargo, desde luego llaman la atención ciertas diferencias. Así, sin duda, las grandes cuestiones serán tratadas bajo el punto de vista religioso; pero el poder de las ideas religiosas no será tan fuerte y vigoroso como en el Asia. Tienen en el origen, sobre todo, una gran parte de influencia; la única filosofía de la Helade es su creencia, sus únicas escuelas son los santuarios de sus templos. En esto singularmente es asiática; pero entre los dos mundos aparece ya la distinción radical.

En Asia se extiende la filosofía más allá de los límites del altar; funda escuelas-colegios, un sabio puede remover las masas, y Buddha funda un culto reformado. En Europa, por el contrario, se encierra cada vez más en los edificios sagrados; si sale de ellos es para aparecer con un hombre aislado, cuya influencia apenas se deja sentir y no le sobrevive.

Por otra parte también, este hombre no es un sabio y no se tiene por tal. No compone, no sistematiza, no razona; canta, narra lo que ha aprendido, aun sin ensayar una crítica ó una deducción. Este no es un filósofo; no es aun un poeta, es un «cantor, *Adon*.» Aunque los animales y las piedras se enternezcan y le escuchan como á Orfeo, no será por eso ménos destrozado por las furiosas Bacantes, y todo perecerá con él. Será necesario que las Musas recojan por sí mismas su lira y la pongan en las manos de su discípulo. Este, entonces, podrá muy bien volver á comenzar lo que había hecho su predecesor; celebrará en sus himnos los dioses y el origen del mundo; prescribirá expiaciones é indicará las purificaciones que hay que hacer: entonces será un verdadero sacerdote, un «sér sagrado, *ycercus*.» Con frecuencia sabrá aprovecharse de esta feliz situación, y





bajo la inspiración de una divinidad protectora expresará oráculos (1).

Pero cualquiera que sea el papel de este «profeta, *mantis*,» se encontrará siempre íntimamente ligado á la religión. Himnos, expiaciones, á las veces iniciaciones, siempre es el mismo oráculo en que se encerraron estos primeros instructores de la Grecia, y cuya salida no piensan encontrar. Este trabajo exclusivo es poco importante para el espíritu humano. El genio griego está todavía cautivo bajo la influencia extranjera; no tardará en tomar su vuelo.

En cuanto al presente, los primeros recuerdos que puede evocar la tierra helénica, llevan singulares rasgos de semejanza con las ideas corrientes entonces en el Asia sábia. Lo que hay en esto de particular, es que la Tracia, comarca de bárbaros y de guerreros, fué la primera que escuchó las lecciones y los cantos del antiguo Oriente. El famoso Orfeo, cuyos acentos conmovían á los animales feroces y herían de emoción á las rocas, Orfeo había llevado de Egipto una doctrina completamente materialista y panteísta. «Oh naturaleza, diosa madre de todo (exclamaba), celestial, venerable, creadora, espíritu, reina; tú que lo sujetas todo y permaneces indomable, brillante y soberana, todopoderosa, eternamente digna de ser honrada, genio elevado por cima de todo, inmortal, primogénita, antigua; tú que, esparcida por todo, eres la única incomunicable; eres tú misma tu padre, y nada tienes de otro; en tí reside toda sabiduría, toda fuerza productiva, todo alimento, toda autoridad; padre y madre de todos los seres, tú les alimentas y les sostienes á todos, etcétera» (2). Lo cual no le impedía celebrar igual-

(1) Véase á Schoel, *Historia de la literatura griega*; Cousin, *op. cit.*

(2) Himno X, edición de Tauchnitz, 1852. Sabemos perfectamente que las poesías órficas, tales como las poseemos, no son auténticas; el himno que citamos, en particular, es atribuido á pseudo-Orfeo, que no sería otro que un indio relativamente moderno. Considerando sin embargo el estado general de las filosofías en la época del antiguo Orfeo, haciendo notar que la tradición le hace viajar por Egipto, y sobre todo comparando las doctrinas emitidas aquí

mente la trinidad de principios, *Fanes, Urano* y *Cronos*, como el decir también: «Zeus, digno de los homenajes universales, Zeus inmortal, todas las cosas salieron de tu pensamiento; no tienes más padre que tú mismo, y tú eres el origen, el fin de todo.» Vuelve á caer después de estos elevados pensamientos, y dirigiéndose á la tierra, la saluda «como la madre de los bienaventurados y de los mortales, como el centro del imperecedero universo.» Era esto volver á entrar en todas las ideas de esta época; el discípulo del Egipto había aprovechado las lecciones de sus maestros. Proclama desde luego el panteísmo en medio del lenguaje más magnífico; la contemplación de los soberanos atributos de Zeus le arroja en el error; acaba de cantarle como el padre de los dioses y de los hombres, como el rey y señor supremo del mundo, como el principio creador de todos los seres; no sabe ceñirse al término que trazaba la antigua verdad, y dice: Zeus es el sol y la luna, Zeus es el soplo de los vientos, Zeus es el fuego, el agua, la tierra, el éter, la noche; todo está contenido en él, porque todo forma parte del gran cuerpo de Zeus» (1). No se puede ya formular el panteísmo de una manera más enérgica y terminante.

Por otra parte, había ya en los himnos de Orfeo gérmenes de teogonía, que no tardaron en ser desenvueltos después de él.

*Museo, Eumolpo*, dos tracios también, continúan esta serie de bardos sagrados que velan por la conservación de las tradiciones recibidas y por la propagación de las creencias orientales. El segundo encierra en el santuario de Eleusis la filosofía que deposita en sus himnos, y que los pueblos demasiado groseros no quieren comprender; recurre á la iniciación, y pone bajo la salvaguardia del misterio, no só-

con las que encierran los fragmentos cuyo autor toda la antigüedad se complace en reconocer á Orfeo, estamos inclinados á deducir que, si los versos citados no son de este venerado cantor, por lo menos las ideas que contienen están completamente en armonía con las del Egipto sobre todo. Y esto es lo que hay en ellos de realmente importante.

(1) *Præclus, in Timæum Platonis, II; Orfica*, edición Tauchnitz, *Apospasmata*.



lo sus creencias, sino también sus observaciones.

Al lado de estas ideas egipcias del culto de Isis y de la naturaleza, nacia y se desenvolvía otra serie de principios y de dogmas. El Oriente había recorrido todos los escalones de esta serie, únicamente que se dirigió por distinto camino. El Asia Menor envió á Olen de Licia y á la sacerdotisa Femonoe, instruidos en la escuela de los sacerdotes de Belo, del dios sol, el padre de todo. Estos fueron los primeros intérpretes de Apolo, *Helios*, así como también los primeros que pronunciaron oráculos de este dios y cantaron los versos exámetros (1).

Las danzas y las solemnidades de que iban acompañadas sus oraciones, traen á la memoria las ceremonias de la Siria y al pueblo ingrato de Israel danzando al rededor de las estatuas de Baal.

Y al mismo tiempo, los últimos depositarios de las creencias pelásgicas, los Dáctilos y los Curetas, casta sacerdotal desterrada de la isla de Creta, acababan de unirse á esta mezcla, y modificándose ellos mismos, contribuyen á la transformación y al cambio de todos estos contrarios sistemas. Lejos de esta escena, ya tan animada, no tardaron en aparecer en las más incultas comarcas los misteriosos y sombríos sistemas del fatalismo de los Etruscos. La cosmogonía de *Tagés*, toda oriental y llena de tradiciones primitivas, estaba unida á otras ideas filosóficas mucho menos puras, y en el triste conocimiento de los augurios, en el terror de todas las clases, se notaban los progresos del Occidente y sus tendencias al materialismo bajo el imperio de la inflexible necesidad.

En todo esto se revelaba el genio del Occidente. Aceptando y confundiendo las diversas nociones que recibía de todas partes, formaba un conjunto nuevo, en el que dominaba la fusión; sin cuidarse de las contradicciones, asociaba las ideas y los dogmas, adoptaba, desfigurándolas, las tradiciones, cualesquiera que

(1) Pausanias, *Focide*, V; Poirson, *Resúmen*, p. 150.

fuesen, rodeando del mismo respeto las opiniones de cada maestro, y quemando incienso por igual en los altares de cada dios.

Unidad y pluralidad de seres divinos é inmortales, eternidad de la inteligencia creadora y de la materia creada, deificación de los astros, de la naturaleza, de los individuos; politeísmo y panteísmo, todo era acogido y colocado con distinción; todo se mezclaba en una vaga y comun adoración, y en medio de este culto indeciso, aparecía una idea de ciego fatalismo, de sumisión absoluta á las leyes del «destino,» que en definitiva hacía marchar al mundo y regentaba los dioses.

Por otra parte, era fácil distinguir, á pesar de lo que mandaban todavía las creencias orientales, esta propensión invencible de la Grecia á reducirlo todo á las mezquinas proporciones de la humanidad. Esto, que en un principio no era otra cosa que una forma de lenguaje, una manera figurada de expresar las relaciones de la especulación religiosa ó filosófica, fué bien pronto tomada literalmente. Las teogonías, estas generaciones inefables de los espíritus superiores, no fueron más que la relación de un parentesco en que el incesto y el adulterio tuvieron la parte más principal. De este principio es fácil deducir las consecuencias; de la generación al amor, del amor á todas las pasiones, esta transición es natural, necesaria, si es lícito hablar así. Pero este progreso era excesivo dadas las costumbres de la Grecia sensual y voluptuosa, sobre todo, porque no le realizó inmediatamente, como veremos luego. Además, nuevos genios van á dar principio á la obra, y lo que los cantores comenzaron, los «poetas (*poetái*)» lo acabarán.

Así, pues, en la religión como en la filosofía, la razón humana seguía su camino, y de lo alto de los cielos el gran Dios, que, como dice Bossuet, tiene en su mano todos los corazones, y tan pronto reprime las pasiones como las deja libres, «permitía entonces un grande vuelo á las locuras de sus criaturas. Abandona la sabiduría de los hombres á todas las ignorancias, la ciega, la precipita y la confunde por sí misma. De este modo ejecuta sus tremendos juicios.